

La odisea amazónica de José de Iturre. Agencia y fracaso en las fronteras ibéricas (1750-1770)*

por

Pablo Ibáñez Bonillo¹

CHAM, Universidade Nova de Lisboa

Este artículo analiza las trayectorias de varios personajes en las fronteras amazónicas a mediados del siglo XVIII. A partir de una correspondencia inédita archivada en el Arquivo Público do Estado do Pará (Brasil), el texto estudia las dinámicas sociales en la frontera situada en la desembocadura del río Putumayo, reconstruyendo las relaciones establecidas entre misioneros, viajeros, indígenas y otros. Se explora la circulación de personas y mercancías a través de la frontera, así como las redes de competencia y colaboración entre los distintos actores.

PALABRAS CLAVE: *frontera; Amazonas; Putumayo; agencia; contrabando; fracaso.*

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Ibáñez Bonillo, Pablo, “La odisea amazónica de José de Iturre. Agencia y fracaso en las fronteras ibéricas (1750-1770)”, *Revista de Indias*, LXXXIII/287 (Madrid, 2023): 175-206. <https://doi.org/10.3989/revindias.2023.007>.

* Este trabajo está financiado con fondos nacionales portugueses por medio de la FCT, Fundação para a Ciência e a Tecnologia, I. P., en el marco de la Normativa Transitoria - DL 57/2016/CP1453/CT0094 y del proyecto estratégico del CHAM (NOVA FCSH / UAç) (UIDB/04666/2020). Asimismo, forma parte del proyecto “Failure: Reversing the Genealogies of Unsuccess, 16th-19th Centuries” (H2020-MSCA-RISE, Grant Agreement: 823998), dentro de las líneas de trabajo establecidas en el WP2 “Biography and the individual. Strategy, choice, self-presentation, performativity”.

¹ pbonillo@fcsch.unl.pt, ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-0874-9350>

INTRODUCCIÓN

Confinado en el fuerte de São Pedro Nolasco, en la ciudad de Belém do Pará, el español José de Iturre lamentaba su situación. Había realizado un viaje de varios meses desde la cordillera de los Andes, donde residía, atravesando el río Amazonas para llegar a la península ibérica. Lo hizo, entre otras razones, para saciar su sed de conocimiento y aventura, en una época en la que las exploraciones científicas comenzaban a ser habituales². José de Iturre quiso seguir la estela de hombres como Charles Marie de La Condamine o Pedro Vicente Maldonado, y contribuir así al esfuerzo ilustrado por ampliar el conocimiento de la naturaleza y la geografía³. Le movía una cierta curiosidad intelectual, sí, pero también la posibilidad de escapar de la justicia, y de sus anteriores proyectos fracasados, para tratar de hacer fortuna en Europa. El aventurero, sin embargo, se encontraba ahora encerrado en una celda tropical en la desembocadura del río Amazonas.

Tampoco tuvo suerte fray Antonio de Jesús Paredes, que durante varios años ejerció como misionero en San Joaquín, una pequeña aldea situada en la desembocadura del río Putumayo (conocido como Içá en Brasil, y también como Içá Paraná por los portugueses de la época). De origen criollo, Paredes había llegado a la aldea todavía joven (en 1763 tenía 34 años) y con grandes esperanzas de convertir a los nativos⁴. Era, además, consciente de su función geoestratégica en una región de frontera por la que españoles y portugueses competían desde el siglo anterior. No en vano, la misión de San Joaquín era la posición más oriental de la Corona española en el río Amazonas y el religioso debía actuar allí como el último bastión de las aspiraciones de su soberano. A pesar de sus buenas intenciones, no tuvo demasiado éxito en la conversión de los indígenas ni en la pugna con los portugueses.

Las experiencias de José de Iturre y de fray Antonio de Jesús Paredes son apenas dos ejemplos entre los múltiples sinsabores, derrotas y frustraciones que los actores individuales sufrieron en las fronteras amazónicas. De hecho, la frontera se nos aparece en la documentación de la época como un espacio lleno de posibilidades, pero también de tensiones y de lucha política, donde sujetos de variado pelaje competían por su mera supervivencia, en el descubrimiento

² Lucena, 1991. Puig-Samper, 2011.

³ Sañer, 2008. Gómez González, 2014: 205-227.

⁴ *Memoria de los religiosos existentes en el Colegio de Nuestra Señora de Gracia de la Ciudad de Popayán, Expediente en cumplimiento de Real Cédula de 6 de diciembre de 1761*, Archivo Nacional del Ecuador, Quito, Presidencia de la Real Audiencia de Quito, caja 21, vol. 1763, doc. 2607, f. 30v.

progresivo de que no alcanzarían gloria ni recompensa. Esta ambivalencia era común a las distintas fronteras amazónicas, ya fueran límites entre imperios o zonas todavía no incorporadas, como el «sertão» de la Amazonía portuguesa⁵. Obviamente, los horizontes humanos en estos espacios eran variados y es imposible generalizar aspiraciones, pero sí podemos pensar que para muchos hombres y mujeres del siglo XVIII (europeos, mestizos, indígenas...) las regiones fronterizas de la Amazonía fueron el lugar donde enterraron parte de sus ambiciones.

En este artículo se analizan las trayectorias de varios de estos individuos, los cuales convivieron en las coordenadas donde se encuentran los ríos Putumayo y Amazonas. El viajero José de Iturre y el misionero franciscano, pero también el mulato Nicolás Pérez, el «prieto» Juan o el director portugués Antonio José Ribeiro. Una galería de personajes que interactuaron a mediados del siglo XVIII y que nos ayudarán a cumplir en este texto con varios objetivos. En primer lugar, la recomposición y análisis de la red de afectos e intereses que los unía puede iluminar algunos rasgos de la socialización de frontera en aquella época. Las suyas fueron sociedades complejas, formadas por actores diversos que tuvieron que desplegar estrategias para sobrevivir e imponer sus intereses. A veces encontraron en la colaboración el camino para conseguir sus objetivos, otras veces se vieron arrastrados a espirales de violencia.

En ese sentido, las acciones de estos personajes son expresión de sus respectivas agendas individuales, una dimensión no siempre atendida en los análisis historiográficos de la frontera. Cada vez son más, sin embargo, los trabajos que priorizan un análisis local de las fronteras en el espacio colonial iberoamericano, estudiando las motivaciones y estrategias de los actores que en ellas convivieron⁶. Este artículo desea enfatizar esta dimensión como medio para subrayar la complejidad étnica, social y política de las fronteras ibéricas. La frontera era, así, un catalizador de universos sociales distintos, el lugar donde se ponían en común redes e intereses lejanos. Y un lugar, también, donde los actores debían conjugar varios planos identitarios en un complicado equilibrio que incluía la voluntad personal, la obediencia a estructuras colectivas (como las órdenes religiosas), el sentimiento de pertenencia a distintas comunidades o la lealtad a un soberano europeo.

Todos estos matices se hacen visibles gracias a dos cartas escritas por el aventurero español al misionero franciscano, así como una carta de este para Iturre, las cuales fueron interceptadas por los portugueses y se encuentran hoy

⁵ Roller, 2012: 105.

⁶ Véase, por ejemplo, Langfur, 2006. Bernabéu Albert, 2010. Almeida y Ortelli, 2011. Carvalho, 2014. Levin Rojo y Radding, 2019. Carvalho y Schultz, 2022.

en el Archivo Público do Estado do Pará (Brasil). Estas misivas están archivadas junto con otras cuatro cartas escritas por Iturre a sus amigos y contactos en Perú. En conjunto, ofrecen una valiosa e inédita base con la que emprender una reconstrucción de la frontera amazónica a mediados del siglo XVIII. Con ese fin, el artículo presenta las poblaciones de la frontera y sus habitantes, analizando las variadas interacciones en las que participaron en el contexto del viaje amazónico de José de Iturre.

Vayamos pues al encuentro de nuestros protagonistas, que están a punto de conocerse en la misión de San Joaquín del Putumayo. José de Iturre ha llegado recientemente al Amazonas, siguiendo la comitiva del nuevo gobernador de Maynas, y se prepara ya para emprender un viaje en solitario a través del río Amazonas. A pesar de las prohibiciones, los súbditos de ambas coronas se movían con cierta libertad en las regiones de frontera y el viaje de Iturre tenía precedentes en los años anteriores. En 1748 partieron los jesuitas Carlos Brentano y Nicolás de la Torre⁷, y en 1760 también lo intentó el franciscano fray Antonio de Leam (o de Lião), de la provincia de Quito⁸. En ambos casos partieron los religiosos sin licencia de los portugueses y fueron temporalmente retenidos en Pará. Ya en 1762 era el turno de José de Iturre, que a principios de año partía desde la misión del Putumayo, dirigida por fray Antonio de Jesús Paredes.

DONDE SE ENCUENTRAN LOS RÍOS PUTUMAYO Y SOLIMÕES. INTERACCIONES DE FRONTERA

Los misioneros franciscanos operaban en la región del río Putumayo desde el siglo XVII⁹. Este río tiene su nacimiento en la cordillera andina y supuso una de las rutas de entrada desde la región de Popayán a las tierras bajas. Fue en el Putumayo, así como en el Caquetá (Japurá para los portugueses), donde los franciscanos establecieron sus misiones, armando un complejo misional que se inserta en el proyecto general de los franciscanos en la Amazonía española¹⁰.

⁷ *Breve relación del viaje de los PP Procuradores Generales de la Provincia de Quito Carlos Brentano y Nicolás de la Torre*, Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, Quito, Archivo de la Compañía de Jesús, leg. 12, doc. 1141.

⁸ *Melo e Castro para Mendonça Furtado*, Pará, 3 de noviembre de 1760, Archivo Histórico Ultramarino, Lisboa (AHU), Conselho Ultramarino (CU), Papéis avulsos do Pará (013), caja 47, doc. 4335. *João da Silva para Mendonça Furtado*, 26 de enero de 1761, AHU, CU, 013, caja 48, doc. 4407.

⁹ García, 1999: 85-96.

¹⁰ Chauca Tapia, 2019.

Las misiones de Putumayo y Caquetá estuvieron activas durante décadas y miles de indígenas circularon por ellas. Desde aquellas aldeas, los religiosos procuraron extender sus operaciones hacia la parte baja del Putumayo, en busca de su confluencia con el río Amazonas.

Tras la firma del tratado de Madrid en 1750 (por el que la Corona de Portugal cedía a España el terreno desde la boca occidental del río Japurá y la navegación del río Içá), los franciscanos establecieron una primera misión en la desembocadura del Putumayo. Estos inicios fueron difíciles, puesto que los indígenas desampararon la misión y el misionero tuvo que buscar la ayuda de los portugueses en el río Solimões¹¹. Y es que debemos considerar la peculiar posición de la misión de San Joaquín: se encontraba lejos del grueso de las misiones franciscanas y sus vecinos españoles más cercanos eran los jesuitas de Maynas.

La comunicación era más sencilla con las villas y lugares portugueses situados a orillas del río Amazonas, también conocido por los portugueses como Solimões en aquella sección. Cerca de la misión franciscana se encontraba, de hecho, el lugar de Castro de Avelãs, antigua misión de Maturá. Y un poco más lejos estaban el lugar de Fonte Boa (Tracatuba) y las villas de São Paulo de Olivença (antes São Paulo dos Cambebas) y Ega (Tefé). Era en estas poblaciones, antiguas misiones religiosas que fueron secularizadas a partir de 1757 en el marco de la aplicación del Directorio pombalino, donde fray Antonio de Jesús Paredes acudía para socializar y para aprovisionarse de lo necesario. Sin importar las banderas ni los límites de los poderes imperiales, el misionero transitó a través de la frontera con la misma naturalidad con la que también lo hacían el resto de habitantes de aquella región.

Así, cierto día a fines de 1759 o principios de 1760, fray Antonio fue a procurar al gobernador de la capitanía portuguesa del Rio Negro, al que acompañó en su viaje hasta Castro de Avelãs. El misionero le pidió licencia para poder comerciar con las villas portuguesas, dando cobertura legal a los tratos que ya se venían realizando. En concreto, le solicitó «licença para se proverdo Pará de algumas cousas que precizavão para as suas Missõens», a lo que el gobernador portugués no se opuso. Pero también pidió «licensa para introduzir no Pará as drogas do seu rio». La respuesta del gobernador aquí fue tajante: «ao que lhe disse que por nenhum modo eu podia consentir em tal»¹².

¹¹ *Mendonça Furtado a Carvalho e Melo*, Pará, 1 de octubre de 1754, copiado en Mendonça, 2005, t. III: 247-248. *Mendonça Furtado a Carvalho e Melo*, Mariuá, 15 de octubre de 1756, copiado en Mendonça, 2005, t. II: 191-193.

¹² *Joaquim de Melo e Povoas a Mendonça Furtado*, Barcelos, 18 de enero de 1760, AHU, CU, Papéis avulsos do Rio Negro (020), caja 1, doc. 24.

Los portugueses eran conscientes de las posibilidades, pero también de los riesgos del contrabando. Todo lo que fuera captar la plata del Perú a través del suministro a las misiones españolas debía alentarse, ya que suponía un beneficio económico¹³. Así, el gobernador del Pará, Francisco Xavier de Mendonça Furtado, favoreció el comercio con los franciscanos establecidos en el Putumayo, un contrabando «em que Portugal não tem perda, porque introduz gêneros e recebe prata e ouro». Estos intercambios, sin embargo, podían provocar el enfado de la Corona española. Para evitar reclamaciones, el gobernador había propuesto la creación de una población civil en la aldea de Maturá (luego Castro de Avelãs), la cual debería servir como punto de atracción comercial para los españoles, evitando así que los contrabandistas portugueses tuvieran que cruzar la frontera¹⁴.

Esa era la parte más interesante del contrabando para los portugueses. En cambio, resultaba más problemática la introducción de las «drogas do seu rio» que acabamos de mencionar. Por ejemplo, el cacao que crecía abundantemente en las orillas del río Putumayo. Los franciscanos sabían que aquel producto tenía un alto valor de mercado, pero llevarlo hasta las plazas andinas requería un esfuerzo (físico y económico) que mal compensaba el precio al que sería pagado en ciudades como Quito o Popayán. En cambio, los portugueses solo tenían que transportarlo río abajo por el ancho cauce del Amazonas. Existía, así, un interés mutuo entre los misioneros españoles y los comerciantes portugueses para introducir cacao de contrabando, lo que disgustaba a las autoridades lusas, ya que aquellas operaciones reportaban beneficios a los vecinos españoles y facilitaban su permanencia en la frontera¹⁵.

Por tanto, la misión española de San Joaquín y la población portuguesa de Castro de Avelãs formaban un interesante escenario fronterizo de interacciones. Las relaciones entre los administradores de ambas comunidades eran

¹³ «D'aquí se colhe que estes rios do Pará são canaes por onde a prata e ouro de Hespanha podem correr para Portugal em commercio, ou seja nocturno e clandestino, ou claro sem inconveniente, pois os avanços são crescidos talvez de trezentos por cento pela difficuldade de conduzir viveres de Hespanha, e excessivo o preço por que lhe ficam em partes tão remotas d'aquelle continente e peninsula». Queirós, 1847: 84.

¹⁴ *Mendonça Furtado a Carvalho e Melo*, Mariuá, 15 de octubre de 1756, citado en Mendonça, 2005, t. III: 191-193. Brito, 2016: 219-222.

¹⁵ «se eu tivera mais poder (...) teria cuidado m.to em evitar este contrabando, q he o meyo de se arruinar a ditto povoação castelhana; pois certam.te se há de atenuar, tirandose-lhe a negociação dos seus gêneros p.a o nosso continenti: porq lhe fica m.to dificultoso o transporte p.a o interior onde eles tem as suas povoações populosas, em q lhe podem dar consumo, ou fazer remessas p.a a Europa». *Lourenço Pereira da Costa para Mendonça Furtado*, Barcelos, 2 de septiembre de 1762, AHU, CU, 020, caja 2, doc. 112.

frecuentes, pero no siempre positivas. Existía, de hecho, al momento de la llegada de José de Iturre, una tensión evidente entre el misionero de San Joaquín y el director de Castro de Avelãs, Antonio José Ribeiro. Ambos personajes colaboraban para asegurar sus respectivos beneficios, pero también competían por los recursos de la zona, así como por extender la jurisdicción de sus actividades en el nombre de las respectivas coronas ibéricas. Las visitas e intercambios entre ambas plazas estaban acompañadas de acusaciones y enfrentamientos, por lo menos entre los sujetos que protagonizan este artículo. Lamentablemente, apenas podemos intuir cuáles eran las relaciones entre los habitantes indígenas de ambas aldeas, cuyas voces cuesta rastrear en las fuentes consultadas.

EL VIAJE DE JOSÉ DE ITURRE

También es muy poco lo que sabemos sobre el personaje que da título a este artículo, José de Iturre, quien a principios de 1762 hizo su aparición en las misiones de Maynas. Básicamente, contamos con dos fuentes que nos hablan de él: por un lado, la crónica escrita por el misionero Manuel Uriarte, que le recibió a su llegada a Omaguas; por otro lado, un conjunto de seis cartas que Iturre escribió tras su llegada al Pará. Con estos mimbres debemos tratar de reconstruir la figura de este hombre, actor secundario y aparentemente irrelevante en cualquier narrativa histórica tradicional, pero figura central de nuestra aproximación alternativa a las fronteras del Amazonas¹⁶.

La primera duda sobre José de Iturre es su procedencia. Él mismo se preciaba de ser navarro, pero una fuente portuguesa le menciona como «D. José de Yturre Valenciano»¹⁷. Y algo oscuro había, ciertamente, con sus orígenes pues el misionero Uriarte, quien se refiere a él como Iturri, desconfió enseguida de este huésped «que se me vendía paisano, hijo de Pamplona (y antes vizcaíno); mas examinado, ni sabía vascuence, ni daba señales ciertas de Pamplona, diciendo que de niño pasó con sus padres a Cádiz, y luego, a las Indias»¹⁸.

Tampoco está claro por qué motivo decidió salir de los Andes y regresar a la península ibérica. Cuando fue retenido por los portugueses, llevaba dos cartas de recomendación. En una de ellas, el nuevo gobernador de Maynas le explicaba a su homólogo portugués en Pará que José de Iturre era un «caballero navarro» y que huía «por una fatal desgracia que le aconteció en la villa

¹⁶ Iturre es mencionado en Domingues, 2000: 235. Gómez González, 2014: 263.

¹⁷ Queirós, 1847: 61.

¹⁸ Uriarte, 1952: 272.

de Caxamarca, con unos jueces que pretendieron perderlo». El misionero franciscano del Putumayo, por su parte, agregaba que Iturre había llegado con recomendación del Comisario General Fray Ramón de Sequeira y Mendiburu, y que le era «preciso ausentarse y poner tierra por en medio (...) por esta vía y por ese Reino de Portugal para la Corte de España»¹⁹.

Para ello se sirvió Iturre de la intermediación del nuevo gobernador de Maynas, Antonio de Mena y Bermúdez²⁰. No sabemos por qué el gobernador Mena decidió ayudar a Iturre en su plan para regresar a Europa, pero es posible que viese algún interés en aquel sujeto. Por lo pronto, Iturre trabajó como «notario, o escribano del gobernador», firmando algunas actas en las misiones altas de Maynas. Más tarde, cuando decidió emprender el descenso del Amazonas recibió órdenes de Mena para «averiguar algunas cosas de portugueses, hablando con el Franciscano Paredes, para noticiarlas al gobernador». Al llegar a España, además, debía seguir el pleito contra el antecesor de Mena en el cargo de gobernador «sobre la renta que le impidió, desde su recibo en Quito, y tuvo que gastar en más de seis meses en viaje a Piura y Mainas»²¹.

Todo esto explicó Iturre al misionero Uriarte, pero no sabemos si mentía. Más seguro parece su interés por recopilar evidencias científicas durante su viaje a través del río. En una de sus cartas da a entender que el viaje por el río Amazonas había sido objeto de conversaciones anteriores y que con su testimonio pretendía que sus amigos «salgan de ignorancias y no crean a los que proponen grandes espectáculos»²². En esa misma carta señala que había escrito un diario de viaje y un derrotero que pensaba presentar en las Asambleas Públicas de la universidad de Salamanca, que debían realizarse el 15 de diciembre de 1762. Cabe suponer que allí esperaba sorprender al mundo con la narración de su épico viaje. Sus planes, además, incluían la visita a otras capitales europeas. Así, todavía en Maynas le pidió al misionero Uriarte uno de los famosos cráneos deformados de los omaguas, asegurando que lo presentaría en la Academia de las Ciencias de París²³.

¹⁹ Ambas cartas en *Melo e Castro a Mendonça Furtado*, Pará, 9 de julio de 1762, AHU, CU, 013, caja 52, doc. 4803.

²⁰ «Caballero conocido de Quito, hombre de sus cincuenta años, criado en nuestro Colegio desde niño y muy aficionado a cosas devotas, casado en Piura y con larga familia», Uriarte, 1952: 271.

²¹ Uriarte, 1952: 272.

²² *Carta de José de Iturre a José de Obregón*, Belém, 9 de ¿julio? de 1762, Archivo Público do Estado do Pará, Belém (APEP), cod. 29, doc. 25.

²³ «En este tiempo (...) sacaron una calavera de omagua, tableado de casi media vara de larga, y el huésped me la pidió para llevarla a la Academia de París. Púsele un papel bien

No sabemos si el interés de José de Iturre por las poblaciones indígenas iba más allá de la curiosidad que mostró por los cráneos de los omaguas o si pensaba incluir descripciones en su diario. Tampoco sabemos si el verdadero motivo de su viaje era la recolección de informaciones militares y geográficas para uso político. De lo que sí hay constancia es de que este científico amateur estableció buenas relaciones con el misionero Paredes en la misión del río Putumayo. Allí pasó algún tiempo e incluso presencié una «batalla (...) entre los murciélagos indios y pajezes; y el valiente Navarro no se atrevió a nada, y pedía, con lágrimas, confesión de lejos»²⁴. A pesar del dramatismo de este pasaje, también mantuvo buenas relaciones con los habitantes indígenas de la misión. En ese sentido, es posible que los nativos actuaran como sus informantes, como así lo hicieron con otros viajeros y agentes coloniales²⁵. Meses después de su partida de la misión del Putumayo, fray Antonio escribiría que los indios murciélagos le echaban de menos y preguntaban cuándo volvería Iturre a estar entre ellos.

MURCIÉLAGOS, YUMANAS Y YURÍS

Estos murciélagos eran uno de los grupos que se habían reducido en la misión de San Joaquín. Como tantas otras reducciones a lo largo del Amazonas, la misión estaba formada por indígenas de diferentes identidades y lenguas. Los murciélagos, también conocidos como huaques, eran uno de estos grupos. En un informe de 1773, los franciscanos la definían como «la numerosa y brutal nación huaque o murciélagos, temida y respetada de sus comarcas, por alimentarse de la carne humana de sus enemigos». La descripción refiere a las parcialidades del Caquetá, donde parecen haber sido más numerosos. Entre estos enemigos estaba «la nación quiyoya», a los que «les dan repetidos y sangrientos asaltos a fin de hurtarles los hijos para pasar a venderlos a los pueblos de las misiones de Santa Fe, por herramientas y ropas»²⁶.

Aunque pueda existir cierta confusión sobre su identidad, es posible conectar estos murciélagos o huaques con otros grupos de lengua tucano occidental en la región. El término «guaje» o «huaque» serviría para designar «el clan, el

pegado arriba, con este rótulo: “Calavera de indio omagua cristiano; un padrenuestro y avermaría, quien la viera, por su alma”», Uriarte, 1952: 272.

²⁴ Uriarte, 1952: 273.

²⁵ Safier, 2008. Roller, 2012. Chauca Tapia, 2015.

²⁶ Cuervo, 1894: 249-279, 260. El informe también está transcrito en Alcida Robledo, 1950: 291-313.

linaje, o la familia, y tiene por característica común el referirse a un grupo de filiación patrilineal, exógamo, principalmente patrilocal»²⁷. Por eso a lo largo del río Putumayo aparecen varios grupos en las fuentes de los misioneros con la misma terminación en sus etnónimos, pudiendo deducirse cierta continuidad regional que se proyectaba hacia el río Caquetá. La lengua de los huaques era una de las más habituales en aquellas tierras, si bien la lengua general favorecida por los misioneros (sobre todo en el Putumayo) fue la de los sionas (Ceona)²⁸.

Junto a los murciélagos, en San Joaquín vivían otros pueblos como los yumanas (chumanas, xomanas), que fueron los primeros habitantes de la misión y que estaban divididos en dos grupos: los de boca blanca y los de boca negra²⁹. Otros grupos que aparecen en la documentación de la época son los pasés y los yurís (churís o jurís), cuyas lenguas y costumbres eran similares³⁰. Todos ellos ocupaban la región del bajo Putumayo-Caquetá-Solimões, donde habrían desarrollado sus interacciones, a pesar de sus diversas lenguas e identidades³¹. Su posición, cercana a la frontera imperial, hizo de ellos objeto cotidiano de las pugnas entre españoles y portugueses, cuyas aldeas en esta región contaron con una población multiétnica en la que convivían estos y otros grupos, como los omaguas (o cambebas)³².

El interés de los europeos por controlar a estas poblaciones tenía, por lo menos, una doble explicación: por un lado, ambas coronas precisaban de los indígenas para representar el papel de colonos y soldados, es decir, de garantía permanente de ocupación de unos territorios contestados que podían ser apropiados por la corona rival de manera encubierta³³. Por otra parte, también los agentes de ambas coronas sabían que las posibles explotaciones económicas de la zona requerían de una mano de obra que solo podía ser indígena. Ni había trabajadores europeos en la zona ni existía el capital suficiente para sostener a contingentes de esclavos africanos que explotaran recursos dispersos en la selva, como por ejemplo el cacao. Por estas razones, existió en las fronteras amazónicas una tira y afloja permanente entre los actores ibéricos para desplazar (forzosa o voluntariamente) a los indígenas hacia sus posiciones.

²⁷ Bellier, 1994: 32, 40-41. Cipolletti, 2017: 127.

²⁸ Cuervo, 1894: 261.

²⁹ Franco, 2012: 31.

³⁰ Ribeiro de Sampaio, 1825: 80-81.

³¹ Goulard y Montes, 2013. Para una síntesis etnohistórica de la región: Goulard, 2010.

³² Los cuales vivían en 1768 en Castro de Avelãs, junto con yumanas (xomana), parianas y cayuicenas. Monteiro de Noronha, 1856: 59-61. Pocos años después, también se reportan yurís. Ribeiro de Sampaio, 1825: 64.

³³ Domingues, 2000.

Una de las estrategias habituales para conseguirlo fue la entrega de regalos y herramientas. Cuando esto no era suficiente, se procuraron otras maniobras, como desacreditar a los rivales europeos a través de mentiras, rumores infundados y críticas interesadas. Fray Antonio explica cómo decían los portugueses «que era cierto de que yo era borracho, fornicario, matador y cuantas insolencias se pueden imaginar, todo me acumulan, por ciento, de suerte que ya mi crédito de Religioso lo tengo perdido»³⁴. Estas críticas podían o no surtir efecto entre los nativos. En el caso de la misión de San Joaquín parecen haber sido efectivas entre los yumanas, y en concreto en su principal, el capitán Mauricio, que intentó matar a fray Antonio antes de abandonar la misión. Los pasés también desertaron, mientras que los murciélagos parecen haber salvado la vida del misionero, quedándose a su lado. Cuando un tiempo después los yumanas regresaron a la aldea, ya sin Mauricio al frente, alegaron que su capitán «había seguido el consejo de los portugueses», los cuales habían suministrado armas de fuego a los yumanas, instándoles a rebelarse contra el misionero³⁵.

Las interferencias de los portugueses en la misión franciscana eran posibles gracias a la movilidad de los agentes coloniales a través de las porosas fronteras imperiales. Así, el director de Castro de Avelãs ordenó en junio de 1762 al cabo Antonio Guerreiro que viajase hasta el Putumayo al frente de una tropa de indígenas. El director y el cabo formaban, junto con el soldado João Filgueira, una sociedad bien engrasada en la defensa de sus intereses personales en aquella frontera y sabían que el control de la población indígena les resultaba imprescindible, por lo cual lamentaban que la población de Castro de Avelãs apenas fuese de 126 personas, debido a las constantes muertes y deserciones, muchas de las cuales, por cierto, provocadas por los excesos de los propios portugueses³⁶. Para engordar este número, esperaban convencer a los indígenas del Putumayo para que se trasladasen a la población portuguesa.

³⁴ *Fray Antonio de Jesús Paredes a José de Iturre*, San Joaquín, 24 de junio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 29.

³⁵ El episodio parece estar referido en una carta que fray Antonio escribió a fray Joaquín Moreno Lucio, su guardián en el Colegio de Popayán, el 15 de julio de 1762. La carta es mencionada por Alcida Robledo, 1950: 333 y García, 1999: 103. Ambos aluden a una transcripción de la misma en las páginas 145-153 de la obra de Alfonso Zawadzky C., publicada en 1947, *Viajes Misioneros del R. P. Fernando de Jesús Larrea, franciscano*, que no hemos podido consultar. Utilizamos aquí los comentarios y extractos usados en Franco, 2012: 31-32. Fray Antonio también aludió al episodio en su carta a Iturre de 24 de junio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 29.

³⁶ *Antonio José Ribeiro al gobernador*, Castro de Avelãs, 14 de julio de 1762, APEP, cod. 116, doc. 28. *Gabriel de Souza Filgueira a Melo e Castro*, Barcelos, 29 de abril de 1761, APEP, cod. 99, doc. 19.

Cuando las razones no bastaban para convencer a los indígenas, quedaba el recurso a la violencia. En cierta ocasión, un soldado portugués irrumpió en la misión franciscana y abusó de las mujeres indígenas³⁷. En una de sus cartas el misionero explica también cómo el director de Castro de Avelãs, aprovechando una ausencia del fraile, mandó «una canoíta con dos indios armados con sus flechas, a robar a las indias yumanas»³⁸. Siete indígenas subieron a aquella canoa para huir hacia tierras lusas. Su huida, sin embargo, fue frustrada por el «prieto Juan», que actuaba como asistente del misionero y del que volveremos a hablar más adelante. Este «mandó 3 indios morsiélagos a media noche, donde los cogieron a todas 7 personas en el río». Sorprendidos en mitad de la noche, los raptos que habían venido desde Castro de Avelãs (antigua misión de Maturá):

... se humillaron y dieron por disculpa, que ellos no tenían culpa, sino que ellos eran mandados del Director Antonio Joseph, Antonio Guerrero, y Juan Filgera, que les perdonara y que no lo maten, donde los indios de Maturá se arrodillaron poniendo las manos al cielo y como los indios murciélagos son cristianos se acordaron de mi consejo de que era una culpa muy grande el matar gente = que lo que había determinado el Prieto era quitar las cabezas con un terçado y poner en sal a los ladrones³⁹.

Fray Antonio atribuye la clemencia de los murciélagos a sus enseñanzas católicas, pero lo cierto es que debemos suponer una agencia propia a los grupos indígenas que habitaban ambas comunidades. Es dable creer que para ellos aquellas tierras no suponían una frontera en el mismo sentido que lo suponían para los actores que nos ocupan en este texto y que los nativos mantenían lazos sociales entre grupos y etnias distintas. No obstante, sí podemos deducir que la competencia entre los representantes de las coronas ibéricas tensionó esas relaciones, provocando el traslado de muchos grupos y la introducción de los nativos en el circuito económico de la esclavización de indígenas⁴⁰. Seducir, secuestrar, instalar y mantener a los indígenas era una obsesión para los agentes ibéricos que operaban en aquella región.

³⁷ Franco, 2012: 31.

³⁸ *Fray Antonio de Jesús Paredes a José de Iturre*, San Joaquín, 24 de junio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 29.

³⁹ *Idem*.

⁴⁰ Los *yurís* también participaban de este comercio, por el cual obtenían arcabuces portugueses. Cuervo, 1894: 262, 266. Véase también Cipolletti, 2017: 67-91.

REDES DE CONTRABANDO EN EL PUTUMAYO

Existía, por tanto, una férrea competencia por el control de los indígenas. Al fundar la misión de San Joaquín, los españoles pretendían que esta sirviese «de presidio y fortaleza, que contenga las correrías de los portugueses, que con tanta libertad discurren por el vasto terreno de nuestras misiones, esclavizando sus naciones, con el pretexto de rescatarlos»⁴¹. Y es que, efectivamente, los portugueses surcaban el Putumayo, extrayendo cacao y esclavizando indígenas. Esta competencia por el control del río generaba un clima de violencia, pero las relaciones eran más complejas. También había espacio para acuerdos y solidaridades. Esas relaciones incluían el contrabando, fenómeno típico de la región y ya bien estudiado en los últimos años⁴².

En este caso, fray Antonio contaba con varios contactos portugueses para la explotación del cacao y el aprovisionamiento de la misión. Entre ellos, se encontraban individuos con poder político en Belém y con cierta relevancia social. Desde el Pará se enviaban canoas a recoger cacao al río Solimões y eran los cabos de estas mismas canoas los que compraban de contrabando el cacao de los franciscanos españoles o lo llevaban para vender en Belém⁴³. Uno de los comerciantes más famosos de la época fue Lázaro Fernandes Borges, el cual tenía tierras en la isla de Marajó y el capital suficiente para mandar a su hijo a estudiar medicina a la universidad de Coimbra⁴⁴. Por lo que parece, entre sus negocios se contaba también el cacao del Putumayo, quizás como pago por el suministro de mercancías a la misión. Iturre explica en carta al misionero, que «(l)as seis arrobas de cacao que vmd me hizo favor no las he visto y así puede V P cargárselas en sus cuentas a Lázaro Fernandes (...)»⁴⁵.

Otro socio en las transacciones con la misión española era el chantre de la catedral de Belém, Antonio Francisco Porflis, quien vendía algunos géneros necesarios para la supervivencia de la misión franciscana. El pago de estos

⁴¹ Citado en Zárate Botía, 1998: 94.

⁴² Cotrina, 1996. Domingues, 2000. Gómez González, 2014; 2017. Bastos y Nazaré Lopes, 2015. Brito, 2016. Bastos, 2017.

⁴³ «No Rio Solimões q.do vao a fazer cacau as canoas da cidade do Pará, custumao comprar os cabos cacau, q com alguma dissimulação, bem ao mesmo Rio vender os castelhanos, enviados pelo seu Missionario do Issáparaná». *Lourenço Pereira da Costa para Mendonça Furtado*, Barcelos, 2 de septiembre de 1762, AHU, CU, 020, caja 2, doc. 112.

⁴⁴ *Requerimento de Lázaro Fernandes Borges para el rey João V*, Pará, aprox. abril de 1746, AHU, CU, 013, caja 29, doc. 2709. *Lázaro Fernandes a Mendonça Furtado*, Belém, 10 de septiembre de 1760, AHU, CU, 013, caja 46, doc. 4267.

⁴⁵ *José de Iturre a fray Antonio*, Belém, 12 de julio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 27.

productos demoraba debido a las estrecheces de los franciscanos, pero la espera valía la pena. En pago por las mercancías enviadas unos años atrás, Porflis recibió en 1760 un total de 670 pesos de plata y una libra y 50 octavas de oro en polvo. Las autoridades de Pará examinaron con detalle aquellas llamativas transacciones, por si era necesario tomar alguna precaución⁴⁶.

Desde Lisboa, Mendonça Furtado dijo estar al corriente de los negocios del chantre con los castellanos. El antiguo gobernador, ahora secretario de Estado, le pedía al gobernador actual que censurase públicamente dichos intercambios y que los detuviese, si era preciso, mientras los comisarios de límites estuvieran en la región. Tal vez esas instrucciones contribuyeron a la aparente animadversión que el gobernador y el obispo de Pará mostraban hacia el chantre de la catedral, al cual obligaron a que «botase toda su gente de su casa y se vido obligado a mandarlas a la roza. El Gobernador le ha quitado cuantos indios tenía en su casa (...)»⁴⁷. Sin embargo, señalaba Mendonça Furtado, el contrabando era muy útil a las arcas reales, por lo que debía estimularse «por modo indirecto», es decir, enviando a uno o dos hombres de confianza para que se establecieran en la frontera y desde allí suministraran a los franciscanos todo lo que necesitasen. Se aumentaría así el comercio, evitando los márgenes de hasta el 300 % que se les aplicaban⁴⁸.

Los productos ofrecidos por los portugueses, por tanto, no eran baratos, como también señalaba Iturre en una de sus cartas⁴⁹. Y los precios podían variar sin aviso. De ello se quejaba fray Antonio, por ejemplo, cuando el capitán Francisco Fernandes le aplicó un margen de beneficio mayor de aquel al que inicialmente se había comprometido⁵⁰. Los misioneros se encontraban, de hecho, en manos de los intermediarios portugueses, tanto para la compra-venta de productos como para la propia recolección del cacao. Fray Antonio, sin aclarar el contexto, menciona el caso de un tal Juan Gonsalves que pretendía una cantidad de dinero, además de los doce remeros que habían pagado los franciscanos; petición exagerada, ya que según el misionero «todos los

⁴⁶ *Carta de fray Antonio a Porflis*, 20 de julio de 1760, en *Oficio de Manoel Bernardo de Mello e Castro para Mendonça Furtado*, Pará, 03-11-1760, AHU, CU, 013, caja 47, doc. 4333.

⁴⁷ *José de Iturre a fray Antonio*, Belém, 12 de julio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 27.

⁴⁸ *Carta de Mendonça Furtado a Manoel Bernardo de Mello e Castro*, Lisboa, 5 de junio de 1761, AHU, cod. 593, n.º 30. También en Brito, 2016: 220.

⁴⁹ *José de Iturre a fray Antonio*, Belém, 12 de julio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 27.

⁵⁰ *Fray Antonio de Jesús Paredes a José de Iturre*, San Joaquín, 24 de junio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 29.

Cabos destes Certones, solo se contentan con sus quintos, y se no le dan los quintos, le dan cinco indios pagos solamente»⁵¹.

Los portugueses de Castro de Avelãs también actuaban como intermediarios habituales en las transacciones entre los comerciantes de Belém y la misión española⁵². El director Antonio José Ribeiro, de hecho, había llegado a convivir con los religiosos españoles del Putumayo. Luego había regresado a territorio portugués para establecerse en Castro de Avelãs «onde com Patente que lhe deo o Visitador Hespanhol Fr Joaquim de Berrotieta, servia de Syndico dos Religiosos Hespanhoes, para ter em seo poder o dinheiro daquelles, e serem por sua via socorridos do necessário, para as suas Missoens, a cujo fim se valeram também de algumas pessoas do Pará»⁵³. Las ganancias que pudiese obtener por esta intermediación comercial (que ponía bastante cantidad de plata en sus manos⁵⁴) se sumaban a sus propios negocios con el cacao y otros productos⁵⁵, especialmente tras su nombramiento como director en 1761⁵⁶.

Antonio José Ribeiro ocupaba, pues, una posición privilegiada que habría de despertar la codicia de otros actores. Así, el director de la cercana villa de Olivença quiso entrar en el negocio del Putumayo, suponemos que amenazando la intermediación exclusiva de Ribeiro. Esta competencia por el comercio con los franciscanos provocó «grandes disensiones» entre ambos directores portugueses, así como la enemistad entre Antonio José Ribeiro y fray Antonio de Jesús Paredes que estamos viendo en este artículo⁵⁷. En páginas anteriores ya hemos comentado los intentos del director portugués para atraer a los indígenas y obligar así al desmantelamiento de la misión. Veremos también ahora cómo esos planes fueron más allá y derivaron en un proyecto para asesinar al misionero y a su ayudante, el «prieto» Juan, en 1762.

⁵¹ *Carta de fray Antonio a Porflis*, 20 de julio de 1760, en *Oficio de Manoel Bernardo de Mello e Castro para Mendonça Furtado*, Pará, 03-11-1760, AHU, CU, 013, caja 47, doc. 4333

⁵² *Idem*.

⁵³ *José Monteiro de Noronha a F. da Costa Ataide Teive*, Barcelos, 24 de agosto de 1766, APEP, cod. 170, doc. 27.

⁵⁴ *Joaquim de Melo e Povoas a Mendonça Furtado*, Barcelos, 18 de enero de 1760, AHU, CU, 020, caja 1, doc. 24.

⁵⁵ *Fernando Correa Pestana al gobernador de Pará*, Olivença, 18 de julio de 1763, APEP, cod. 128, doc. 41.

⁵⁶ *Antonio José Ribeiro al gobernador*, Castro de Avelãs, 14 de julio de 1762, APEP, cod. 116, doc. 28.

⁵⁷ *José Monteiro de Noronha a F. da Costa Ataide Teive*, Barcelos, 24 de agosto de 1766, APEP, cod. 170, doc. 27.

EL PRIETO JUAN, EL MULATO NICOLÁS PÉREZ Y EL YAMEO VICENTE

El prieto Juan que menciona en sus cartas el misionero Paredes debe ser el mismo «negro Juan, esclavo del difunto D. Francisco Mariano Arboleda, vecino que fue de la ciudad de Quito», referido en un informe franciscano de la década siguiente⁵⁸. Este Juan asistía en las labores diarias y quedaba como responsable de la misión cuando el religioso se ausentaba en alguno de sus viajes. Su presencia en las cartas nos sirve para visibilizar la existencia de actores de origen africano en las fronteras, los cuales no siempre aparecen en las fuentes coloniales. La frontera, de hecho, actuaba también como un espacio de refugio para esclavos que buscasen la libertad, registrándose la existencia de comunidades cimarronas⁵⁹. Mestizos y mulatos, ya fueran forasteros o nacidos en la región, frecuentaban también aquella frontera.

Al otro lado del río, en Castro de Avelãs, vivía en aquellos días uno de estos personajes. Se trataba de Nicolás Pérez, al que Uriarte define como mestizo, mientras que fray Antonio se refiere a él como mulato. Ambos misioneros conocieron a Nicolás: este tuvo trato con los padres jesuitas de las misiones de Maynas, donde participó en, por lo menos, una entrada «a la portuguesa» para cautivar por la fuerza a indígenas libres, teóricamente sin el conocimiento previo de los jesuitas⁶⁰. Residió también por un tiempo en la misión franciscana de San Joaquín, conviviendo con su misionero y el negro Juan, antes de dar un paso más en su vagar y cruzar la frontera para asentarse entre el centenar de indígenas y el puñado de portugueses que vivían en Castro de Avelãs. Su trayectoria a través de la frontera es paradigmática de las posibilidades de movimiento y adaptación personal que ofrecían aquellas tierras.

El negro Juan y el mestizo/mulato Nicolás Pérez hermanaron sus destinos en la desembocadura del Putumayo. Ambos se vieron inmersos en las luchas de poder protagonizadas por el misionero español y el director portugués y, finalmente, tuvieron que luchar entre sí a vida o muerte. La reyerta fatal entre Juan y Nicolás ocurrió a mediados de 1762. Como ya hemos dicho, el misionero de San Joaquín y el director portugués de Castro de Avelãs protagonizaban

⁵⁸ Cuervo, 1894: 262.

⁵⁹ Entre la ciudad de Mocoa y la misión de San Francisco Solano, cerca del río Caquetá, convivían algunos aguanungas y «algunos negros fugitivos, que por eximirse de la servidumbre, y vivir tan escandalosamente como viven, siguiendo el ímpetu de sus depravadas costumbres y apetitos, y aun suscitando el antiguo desorden de la poligamia (...) se han venido de esa ciudad, y de los Reales de minas de las Provincias del Chocó, y retirados a estas montañas como también otros esclavos y mestizos libres, resabiados todos en todo género de maldades, que viven dando el mismo escándalo», Cuervo, 1894: 256-257.

⁶⁰ Uriarte, 1952: 224.

un pulso por el control de los recursos naturales y de las poblaciones indígenas, a las que intentaban atraer, ya fuera a través de la seducción o de la coerción. En los primeros meses de aquel año el pulso entre ambos hombres alcanzó un nuevo nivel y el director Antonio José Ribeiro tramó un plan para asesinar al misionero: aconsejó al mulato Nicolás Pérez «que ahora era tiempo de que se fuera para el Pueblo de San Joaquín que estaba el Prieto solo, y que después de muerto el Prieto que el Pe era fácil matarlo en el camino uno por uno»⁶¹. Con ellos desaparecería aquella misión, aislada como estaba en tan remoto lugar.

Cuando Nicolás Pérez llegó a la misión franciscana, confirmó que fray Antonio había salido en uno de sus viajes. Procuró al ayudante y, según cuenta el misionero, «por un instante no lo mató el mulato a mi Prieto, de traición». Viendo sus intenciones, el ayudante del misionero dijo: «Sr Nicolás si vmd quiere pelear conmigo le sacaré machete p.a que vmd ejecute su intento que trae»⁶². Es posible que Nicolás no esperara aquella respuesta y «así que vio al Prieto resuelto le respondió que él era su amigo», pero igualmente acabó desarmado y amarrado. Difícilmente llegaremos a saber cuáles fueron sus motivaciones para llevar a cabo aquel desafortunado intento. ¿Lo hizo a cambio de promesas? ¿Fue amenazado para hacerlo? Sea como fuere, fue rápidamente sentenciado. La frontera era también un lugar donde la justicia se dispensaba de forma inmediata y sin atender a consideraciones de fondo. Y esta vez no hubo clemencia de los indígenas murciélagos que pudiera suavizar el castigo. Juan, en ausencia del misionero, decidió que lo más seguro sería ejecutar a Nicolás.

La primera intención de Juan fue ahorcar a Nicolás, pero finalmente le dispararon, «y tan buen tiro le dieron que le atravesó la bala según me dicen de parte a parte por el mismo corazón»⁶³. El verdugo fue otro hombre al que el destino había empujado hasta San Joaquín. Se llamaba Vicente y era un indígena yameo, procedente de las misiones de Maynas, donde las autoridades habían intentado prenderlo a causa de un homicidio⁶⁴. Vicente había conseguido escapar gracias a la ayuda de un Agustín Pazmiño, que le llevó con su mujer a la aldea franciscana de San Joaquín. Allí «sirvió de verdugo al negro para matar al Nicolás Pérez, mestizo. Después se fue al monte, y a él y a su pobre mujer los mataron los infieles»⁶⁵. Parece que una muerte violenta, como

⁶¹ *Fray Antonio de Jesús Paredes a José de Iturre*, San Joaquín, 24 de junio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 29.

⁶² *Idem.*

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ Este Vicente mató en San Joaquín de Omaguas a su patrón, el también «yameo» Francisco Naguajalló, y a un hijo de este. Tras el crimen, Vicente huyó a Pebas, pero fue capturado. Uriarte, 1952: 246.

⁶⁵ *Idem.*

una maldición, rondaba a aquellos hombres que circulaban por la frontera en busca de oportunidades para su supervivencia y promoción personal.

LOS FRACASOS DE FRAY ANTONIO Y DE JOSÉ DE ITURRE

Cuando los portugueses recibieron la noticia de la muerte de Nicolás, montaron en cólera. «Han cogido el duelo por la muerte de Nicolás Peres», escribía fray Antonio, «y ahora que está muerto dicen que era un santo y hablaba el dicho mulato por la boca de un ángel». No sabemos si el aprecio era verdadero o una simple instrumentalización en la campaña de aquellos hombres por difamar al misionero. En cualquier caso, los portugueses de Castro de Avelãs continuaron con sus internadas clandestinas en el Putumayo y el misionero comenzó a sentir el peso de esa rivalidad. Se sentía aislado en San Joaquín y había perdido ya la esperanza de que llegase «la canoa de mi socorro», pues el tiempo «que me suelen venir canoas ya tiene pasado». Tampoco tenía noticias de los jesuitas de Maynas, con los que hasta entonces había mantenido contacto regular. «(C)omo que si la tierra los hubiese tragado», decía⁶⁶.

En realidad, no fue la tierra la que devoró a los jesuitas, sino más bien la coyuntura internacional. Después de la expulsión de los jesuitas de Portugal en 1759 y en un contexto de crisis para la Compañía en Europa, no es de extrañar que los misioneros de Maynas se preocupasen por mantener una buena imagen en el virreinato peruano, donde se les acusaba de enriquecerse con el contrabando. De ahí que optaran por cortar sus negocios con los proveedores lusos y con fray Antonio, que hasta entonces había actuado como intermediario en algunas de estas transacciones⁶⁷. Tal vez fue este el motivo del silencio que ahora atormentaba al misionero Paredes, pues la correspondencia previa parece haber sido habitual. De hecho, durante su estancia en la misión del Putumayo, también José de Iturre había mantenido contacto con los jesuitas de Maynas. Según cuenta Uriarte:

... me escribió de Putumayo, que tenía cacao, que se lo comprase con otros Padres, que quería comprar negros y otros cambalaches. Respondíles que con un par de arrobas, que recogían nuestros indios, teníamos para el gasto, ni podíamos comprar nada de abajo ni teníamos plata⁶⁸.

⁶⁶ *Fray Antonio de Jesús Paredes a José de Iturre*, San Joaquín, 24 de junio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 29.

⁶⁷ Uriarte, 1952: 260.

⁶⁸ Uriarte, 1952: 272-273.

Sin socorros y sin noticias de España o de Maynas, el fraile fue cada vez más consciente de su insignificancia en aquella frontera. Un padrón de indios de 1759 registra apenas la presencia de 37 indígenas murciélagos y yumanas en San Joaquín⁶⁹. Y aunque fray Antonio iba haciendo avances en la cercana misión de Santa Ana y acogía a los indígenas que huían de las poblaciones portuguesas⁷⁰, el número de habitantes no debía ser mucho mayor en 1762, debido al efecto devastador de las enfermedades, las interferencias de los portugueses y la ausencia de compañeros. El misionero suplicó ayuda a las autoridades, conformándose incluso con el envío de los presos que hubiera en la ciudad de Popayán como desterrados para poblar la frontera⁷¹.

No en vano, la presión de los tres portugueses de Castro de Avelãs era permanente y descorazonadora. En ocasiones fray Antonio se sentía tentado a despreciar su amenaza, consciente de que los indígenas seguían desertando de las poblaciones portuguesas. Pero cada día aumentaba la sombra de aquellos tres hombres, hasta el punto de que el misionero llegó a escribir: «tengo 3 enemigos del alma, mundo, demonio y carne, tengo más 3 enemigos del cuerpo, Antonio Joseph, Antonio Guerrero y Juan Filgero, que es lo mismo que infierno». A pesar de ello, el misionero entendía bien las necesidades de solidaridad en aquellas fronteras y añadía: «mas yo aunque malo y perverso sacerdote los encomiendo a Dios a todos mis amigos y en particular por mis 3 enemigos, y los amo y estimo en Dios y por Dios, y cualquier necesidad que ellos tienen, cuando me piden les doy con todo gusto». En la misma carta a Iturre, el religioso es explícito en reconocer cierta presunción de fracaso, expresando sus dudas sobre el futuro de aquella misión:

... porque las Demarcaciones no se hacen, y con más exceso están sacando gente de este Rio de Putumayo los Señores Portugueses, porque de qué sirve que nosotros estemos de pose de este río, si los señores Portugueses son Dueños de gente y frutos, ni nunca habrá paz, para lo que yo más bien quisiera que este río de Putumayo se entregara a los Señores Portugueses y nosotros los misioneros recogernos a nuestro Colegio y vivir con más sosiego, sin que nos cueste la vida, ni crédito ni honra⁷².

Vida, crédito y honra se le iban a fray Antonio con cada día que pasaba en la misión de San Joaquín. Semanas después, la entrada de España y Por-

⁶⁹ Franco, 2012: 32.

⁷⁰ *José de Monteiro Noronha a Melo e Castro*, Barcelos, 14 de enero de 1762, APEP, cod. 122, doc. 1.

⁷¹ Franco, 2012: 32.

⁷² *Fray Antonio de Jesús Paredes a José de Iturre*, San Joaquín, 24 de junio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 29.

tugal en la Guerra de los Siete Años empeoraría todavía más su situación. Con el tiempo, las autoridades lusas cerrarían la frontera, agudizando así la desconexión de la misión franciscana. Un destacamento militar en Castro de Avelãs debía impedir posibles invasiones españolas por el Putumayo e interrumpir las comunicaciones del misionero Paredes, del que se pensaba «que era um espia para observar as nossas forças»⁷³. Se pretendía acabar así con los contactos que existieran entre la misión española y la población portuguesa. El comandante del destacamento de Castro de Avelãs recibió las siguientes órdenes:

... deve vossa mercé evitar logo a comunicassão que havia entre o lugar de Castro de Avelans e a Aldeya de São Joachim, situada na foz do Rio Issã, proibindo assim aos brancos como aos Indios e advertindoo assim as pessoas da dita Aldeya. E quando sem embargo da sua primeira advertencia emtemtem frequentar a antiga comunicassão, fará vossa mercé as represálias ordenadas no Real decreto⁷⁴.

JOSÉ DE ITURRE DESCENDE EL AMAZONAS

Quedaban así temporalmente suspendidas las interacciones en el espacio fronterizo que venimos explorando en este artículo y, como consecuencia, quedaba aislado el fraile franciscano, perdidas sus comunicaciones con los jesuitas de Maynas y con sus socios-rivales portugueses de Belém, Ega y Castro de Avelãs. Después de mayo de 1762, creemos que el melancólico fray Antonio tampoco tuvo más noticias de su amigo José de Iturre, que había partido de la misión guiado por un tal Juan de Carvalho con destino a Belém y con el que todavía cruzó correspondencia durante su descenso por el río Amazonas. El misionero ofició tres misas por Iturre, tal y como le había prometido, esperando que en España consiguiese noticias sobre el destino de su pequeña misión⁷⁵.

El gobernador del Rio Negro no supo del viaje de Iturre por el Amazonas hasta mucho tiempo después. Sí lo encontró el visitador José Monteiro de Noronha, en el río Solimões, donde mantuvieron una conversación. Iturre le advirtió sobre la inminente llegada de un nuevo gobernador español al río Putumayo, el cual debería cruzar territorio de la Amazonía portuguesa para

⁷³ *Lourenço Garcia da Costa al Gobernador de Grão-Pará*, Barcelos, 14 de mayo de 1763, APEP, cod. 128, doc. 24. *Valerio Correa Botelho de Andrade a Melo e Castro*, Barcelos, 11 de septiembre de 1762, APEP, cod. 99, doc. 81.

⁷⁴ *Copia de carta de Valerio Correa al comandante del destacamento de Castro de Avelãs*, Barcelos, 20 de mayo de 1763, APEP, cod. 133, doc. 13.

⁷⁵ *Fray Antonio de Jesús Paredes a José de Iturre*, San Joaquín, 24 de junio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 29.

aposentarse en su destino⁷⁶. Esta historia participaba de aquella mezcla de verdades, exageraciones y mentiras que circulaba en la frontera para impresionar a los rivales y desanimar sus ambiciones. Unos meses antes, por ejemplo, fray Antonio había divulgado que los jesuitas habían pedido soldados a Quito para venir a hacer poblaciones en el río Solimões, controlado por los portugueses⁷⁷. Sea cual fuere su motivación, lo cierto es que las noticias de Iturre preocuparon al gobernador portugués, debido a que «as cousas estão vilicosas»⁷⁸. Se refería al clima de incertidumbre provocado por la anulación del tratado de límites firmada en El Pardo en febrero de 1761 y la entrada de España en la Guerra de los Siete Años⁷⁹.

La guerra entre las dos coronas parecía inevitable y fue en ese contexto que Iturre llegó a la capital de la Amazonía portuguesa. Debido a la inminencia del conflicto, fue encarcelado a la espera de ser enviado a Portugal y sus pertenencias fueron requisadas: no sabemos si eran muchas, aunque el gobernador del Rio Negro oyó decir que viajaba «com cabedal»⁸⁰. Suponemos que se perdía así el capital científico que había acumulado en los meses anteriores. El nuevo obispo del Pará utilizaría poco después la relación de Iturre en su viaje de reconocimiento a las fronteras del obispado, señalando que el español había comparado el horror sentido en el «salto do Pongo» (el famoso Pongo de Manseriche) al experimentado en el paso del Cabo de Hornos, por donde había pasado⁸¹. La prisión y la guerra, por tanto, eran nuevas aventuras que venían a completar la azarosa existencia de José de Iturre.

Desde su confinamiento, Iturre trató de contactar con los conocidos que fray Antonio de Jesús Paredes tenía en Belém, para los cuales portaba cartas del misionero, seguramente con disculpas por las «muchas obligaciones» que con ellos tenía y tal vez con la petición, que también hizo a Iturre, para que las autoridades portuguesas relevaran a Antonio José Ribeiro en el cargo de director de Castro de Avelãs⁸². El padre Guardián de la orden de Santo Anto-

⁷⁶ *Melo e Castro al gobernador del Rio Negro*, Pará, 12 de octubre de 1762, APEP, cod. 121, doc. 17.

⁷⁷ *José Monteiro de Noronha a Melo e Castro*, Barcelos, 14 de enero de 1762, APEP, cod. 122, doc. 1.

⁷⁸ *Valerio Correa Botelho de Andrade a Melo e Castro*, Barcelos, 29 de agosto de 1762, APEP, cod. 99, doc. 72.

⁷⁹ Ibáñez-Bonillo, 2021.

⁸⁰ *Valerio Correa Botelho de Andrade a Melo e Castro*, Barcelos, 29 de agosto de 1762, APEP, cod. 99, doc. 72.

⁸¹ Queirós, 1847: 61.

⁸² *Fray Antonio de Jesús Paredes a José de Iturre*, San Joaquín, 24 de junio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 29.

nio acudió a visitar a Iturre y envió también a unos religiosos para interesarse por sus necesidades. El chantre de la Catedral mostró menos interés en acudir a su encuentro, pero acabó por hacerlo poco antes de la partida de Iturre. Solo Lázaro Fernández Borges «no ha querido verme ni menos comunicar nada conmigo»⁸³. En ese desplante quizás tuvieron algo que ver la actualidad de la guerra, la naturaleza de sus negocios y el nulo incentivo de ayudar económicamente a un desconocido.

Aquel desprecio enfadó a José de Iturre, que en su carta a fray Antonio se mostró duro con aquellos portugueses, a los que llamaba «mendrugos ridículos». Le alertaba de los precios oficiales de la «sarza» (zarzaparrilla) y del cacao (fijados en Lisboa), información desconocida por el misionero y que así podría utilizar para hacerles «carga a estos canallas portugueses». Su carta al fraile, interceptada por las autoridades lusas, termina con estas palabras: «De España daré parte más expresa de mis Negocios y no omita encomendarme a Dios me saque cuanto más antes de esta Nación, adversarísima a España»⁸⁴. La guerra y la experiencia personal de la prisión llevaron a nuestro protagonista, por lo que parece, a exacerbar sus sentimientos nacionales. De hecho, al comentar posteriormente las cartas que le fueron interceptadas, que parecen haber sido más de las que conocemos, el obispo de Pará diría de ellas que eran «cartas sediciosas, insolentes e nada favoraveis a Portugal»⁸⁵.

LA RED PERUANA DE JOSÉ DE ITURRE

También trató Iturre de escribir cartas para sus contactos en Maynas y el Perú. Para ellos escribió cuatro cartas (aunque posiblemente fueron más) que, según parece, pretendía mandar a fray Antonio en el Putumayo. Este, a su vez, debería remitirlas a Manuel de Uriarte en Maynas, «poniéndole un sobre escrito que porque no corran peligro remitolas con título al Conde de Salinas»⁸⁶. Una de estas cartas iba dirigida a Don José de Obregón y Campeno (o Campeno), residente en Lambayeque. Se refería a él como «amantísimo tocayo de

⁸³ *José de Iturre a fray Antonio*, Belém, sin fecha, aprox. 20 de julio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 26.

⁸⁴ *José de Iturre a fray Antonio*, Belém, 12 de julio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 27.

⁸⁵ Queirós, 1847: 71.

⁸⁶ *José de Iturre a fray Antonio*, Belém, 12 de julio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 27. El Marquesado de Salinas pertenecía a la familia Fernández de Paredes, muy vinculada a la ciudad de Piura, además de a la burocracia colonial en Lima. Hernández García, 2007. No queda claro si Iturre se refiere a esta familia, ni el vínculo que a ellos les uniría o si el misionero Paredes pertenecía a la misma.

mi aprecio y veneración», antes de explicarle que había seguido su viaje a Europa «lo que muchas veces conversamos: por el famoso río Marañón o Amazonas»⁸⁷. Se disponía ahora a presentar un «derrotero formal» en las asambleas públicas de la universidad de Salamanca. Las apelaciones de Iturre a «nuestra universidad de Salamanca» podrían hacernos pensar que se trataba de un antiguo alumno de esta institución⁸⁸, pero sus precedentes en la impostura (sugeridos por Uriarte) y la aparente ausencia de registros documentales nos invitan a poner en duda esta hipótesis.

Las mismas intenciones expresaba en su carta a Joaquín Sotes de Armendáriz, al que se refería como «amantísimo paisano y muy señor mío de mi veneración». No es baladí la apelación al origen compartido de estos emigrantes vasco-navarros. El paisanaje resultaba una estrategia habitual para la obtención de reconocimiento, existiendo una especial «solidaridad etno-racial» entre los miembros de la comunidad vasco-navarra en América⁸⁹. Más allá de la veracidad de sus orígenes, Iturre tenía claro que la apelación a la patria chica le abría posibilidades de inserción y promoción social que no podía desaprovechar.

En su carta a Sotes de Armendáriz le explicaba que había llegado a Belém después de ocho meses de viaje, desde su partida de Jaén e incluyendo la navegación por el río Amazonas, «uno de los más caudalosos del mundo». Y a él le remitió «el adjunto diario para que participe a los Amigos vivo y tengan alguna noticia del este caudaloso río como de sus gentes». Iturre se muestra en la carta agradecido por los «favores que le merecí cuando estuve en esa América Meridional». No queda claro dónde se encontraba Sotes, pero Iturre le pedía que «las adjuntas me haga favor de entregarlas a sus Títulos»⁹⁰. Solo hemos podido encontrar una referencia a un Joaquín Sotes y Almendaris como teniente en Atacames (en la costa del Ecuador actual) en el año 1738, aunque no podemos adivinar su trayectoria posterior hasta 1762⁹¹.

Una tercera carta iba dirigida a Marcos Rusco (o Ruzco), quien también había llegado a Maynas con el nuevo gobernador. De él nos explica el misio-

⁸⁷ *Carta de José de Iturre a José de Obregón*, Belém, 9 de ¿julio? de 1762, APEP, cod. 29, doc. 25.

⁸⁸ Comunicación personal con la Dra. Ana María Carabias Torres.

⁸⁹ Vázquez y Amores, 1991. Hausberger, 2013.

⁹⁰ *Carta de José de Iturre a Joaquín Sotes de Armendáriz*, Belém, 9 de ¿julio? de 1762, APEP, cod. 29, doc. 24.

⁹¹ *Denuncia del padre Diego Rosero, cura doctrinero del pueblo de Esmeraldas y del puerto de Atacames, por los agravios y extorsiones que hace a los indígenas el Teniente del último pueblo, don Joaquín Sotes y del daño que causa a la iglesia*, Quito, 11 de enero de 1738, ANH, Criminales, caja 29, exp. 10.

nero Uriarte que era alavés y que traía «una gran porción de tabaco en hoja, que le fuimos comprando los Misioneros, para ayuda de sus atrasos de dicho gobernador». Como Iturre, Rusco había fracasado en sus ambiciones, en su caso en la ordenación como clérigo. «El pobre había tenido mil azares, metido a Química y alquimia»⁹², dice Uriarte. En su carta, Iturre se refiere a él como «paisano amantísimo de mi mayor veneración y cariño», resumiendo a continuación la dureza de su viaje de 8 meses por el Amazonas, el cautiverio al que estaba siendo sometido en Belém y la noticia de su pronta partida a Lisboa.

Finalmente, Iturre escribió una carta a Joaquín Santiago Bravo, del que se había despedido cinco meses atrás. Iturre se refiere a él como «amigo y muy señor mío», antes de explicarle que el viaje hasta Belém había sido difícil, después de «sufrir las inclemencias que ofrece un país tan calamitoso, lleno de las mayores incomodidades que hay en el mundo»⁹³. La Amazonía se presenta en la carta de Iturre como ese espacio ya convertido en tópico donde la exuberancia fatal de la selva devora a los hombres y sus ilusiones. No deja de ser interesante que esa representación fatalista se codifique en una carta que desde Belém debía llegar a su destinatario en la América española para ser entregada en las ciudades de Piura o Quito, atravesando el continente en un viaje de vuelta tan factible que desmentía las exageraciones estereotípicas de Iturre.

Vemos, además, que los contactos de Iturre se encontraban distribuidos en varias poblaciones situadas al norte del virreinato peruano, dibujando una red de intereses de la que formaban parte las ciudades de Cajamarca y Piura. Una red de la que también formaba parte el gobernador Antonio de Mena, quien por aquellos días habría de solicitar precisamente el corregimiento de Piura⁹⁴. Y una red, además, que desde Lambayeque a Belém atravesaba el continente de punta a punta; y que, con el viaje definitivo de Iturre a Europa, conectó también las fronteras americanas con las metrópolis ibéricas a través de este personaje secundario, intrascendente y abocado al fracaso, el cual sin embargo nos ha permitido reconstruir la densidad de los oscuros mundos del espionaje, contrabando, desertión y reinención biográficas que son comunes a todas las fronteras, así como las expectativas y estereotipos asociados ya en la época a las fronteras amazónicas.

José de Iturre embarcó para Lisboa en una charrúa real aquel mismo mes de julio de 1762, temiendo «los enfados que se me seguirán y lo que voy a pasar en el entretanto llego a tierras de mi soberano, que si yo hubiera ima-

⁹² Uriarte, 1952: 271.

⁹³ *José de Iturre a Joaquín Santiago Bravo*, 12 de (junio o julio) de 1762, APEP, cod. 29, doc. 23.

⁹⁴ Archivo General de Indias, Sevilla, Lima, 815, n.º 45.

ginado las novedades de guerras hubiera omitido este tan calamitoso camino»⁹⁵. El gobernador portugués se alegró de deshacerse de aquel «disgostoso castelhano» y lo remitió a la corte para que lo interrogaran y decidieran si podía continuar libremente el viaje «a su corte y Patria»⁹⁶. No le fue mejor al misionero Paredes. Con la documentación consultada no es posible certificar la fecha en la que por fin abandonó el Putumayo, pero es posible que su salida ocurriera tan pronto como en el año 1763 o 1764⁹⁷.

CONCLUSIONES

Tras la salida de fray Antonio, la misión de San Joaquín permaneció activa hasta 1766 o 1767⁹⁸. La anulación del tratado de límites en 1761 y el final de la guerra en 1763 abocaron a las dos coronas ibéricas a un nuevo escenario de incertidumbre en la delimitación de sus fronteras, por lo que los misioneros españoles trataron una vez más de ocupar efectivamente el curso inferior del río Putumayo y, por extensión, la orilla norte del río Amazonas. En julio de 1764, el director de Castro de Avelãs informaba de la llegada de un español a la boca del Putumayo, enviado por fray José de Jesús Carbó para anunciar la inminente llegada de un grupo de misioneros que fundaría nuevas poblaciones⁹⁹.

Así, la misión de San Joaquín fue ocupada por un nuevo misionero en 1765¹⁰⁰, el cual no tuvo mejor suerte que fray Antonio¹⁰¹. Abandonado por los indígenas, optó en 1766 por desistir de la empresa y regresar a Popayán. Su

⁹⁵ *José de Iturre a fray Antonio*, Belém, 12 de julio de 1762, APEP, cod. 29, doc. 27.

⁹⁶ *Melo e Castro a Mendonça Furtado*, Pará, 9 de julio de 1762, AHU, CU, 013, caja 52, doc. 4803. Gómez González, 2014: 263. La segunda cita en: *Melo e Castro al gobernador de Rio Negro*, Pará, 12 de octubre de 1762, APEP, cod. 121, doc. 17.

⁹⁷ *Carta de Antonio José Ribeiro para el Gobernador*, Castro de Avelãs, 28 de junio de 1764, APEP, cod. 133, doc. 96. Para el contenido de esta carta, véase Brito, 2016: 232-233.

⁹⁸ La primera fecha en Ribeiro de Sampaio, 1825: 63. La segunda en Cuervo, 1894: 263. En 1765 se encontraba en San Joaquín el misionero fray Joaquín de San Tadeo y Gil. Domingues, 2000: 234. Este abandonó la misión ya que «por su poca practica para lidiar con Tapuios lo dejaron solo, y se retiraron al Monte», *Fray José Antonio de los Dolores e Iglesias a Joaquín Tinoco Valente*, San Joaquín, 17 de julio de 1766, APEP, cod. 169, doc. 79. *Antonio José Ribeiro al gobernador*, Castro de Avelãs, 23 de junio de 1766, APEP, cod. 169, doc. 81.

⁹⁹ *Carta de Joaquim Tinoco Valente al gobernador*, Barcelos, 6 de septiembre de 1764, APEP, cod. 133, doc. 95. Mencionada también en Brito, 2016: 232.

¹⁰⁰ *Lourenço Pereira da Costa para Fernando da Costa Ataíde e Teive*, Barcelos, 27 de agosto de 1765, APEP, cod. 156, doc. 61.

¹⁰¹ *Informe de fray Vicente de Santo Antonio*, 1766, citado en Cuervo, 1894: 234-237, 236. Informe mencionado en Alcida Robledo, 1950: 368.

retirada fue solo posible gracias a la ayuda del director de Castro de Avelãs, que, según parece, le ofreció canoa y remeros para remontar el Putumayo¹⁰². Por esta ayuda, en el contexto de su problemática intimidación con los españoles en los años anteriores y de una renovada atención por controlar aquella frontera¹⁰³, las autoridades locales recelaron de la conducta del director Antonio José Ribeiro. El vicario de Olivença, principal defensor de Ribeiro, negaba las acusaciones, alegando que aquel no había participado nunca del contrabando y que siempre le había visto hablar y actuar en contra de los españoles¹⁰⁴.

La misión de San Joaquín fue reocupada todavía una vez más en el mismo año de 1766, esta vez por un lego y un «preto» que habían estado formando una nueva población de yurís a orillas del Putumayo¹⁰⁵. Este último solo puede ser el Juan que ya conocemos. Según el vicario de Olivença, este «preto» era el verdadero responsable de la permanencia de los españoles y sin él desaparecería la misión¹⁰⁶. Profundo conocedor de la región e intermediario habitual con los indígenas, aquel personaje habría de resultar de mucha utilidad para los portugueses, si estos eran capaces de atraerlo hacia sí. Sin embargo, Juan recelaba de cruzar la frontera, pues en el pasado había cometido violencias contra un soldado luso y temía las consecuencias de aquel acto. Era «escravo e criminoso», por lo que «nãõ pode sahir nem viver nas terras dos brancos»¹⁰⁷. Era, pues, uno de aquellos hombres atrapados en la frontera, donde debía labrar una reputación para conseguir redención.

Reputación que, en los años posteriores, no cesó de crecer. En 1768 apareció en la villa de Olivença «hum preto castilhana fogetivo» que vivía entre los yurís en el río Putumayo. Es, de nuevo, nuestro Juan. Acompañaba a un jefe nativo para negociar el descendimiento de su pueblo y para sondear su propio establecimiento en territorio portugués, prometiendo traer con él a muchos indígenas. A cambio, pedía el perdón «por certo delito que cometeu a hum sol-

¹⁰² *Joaquim Tinoco Valente a Fernando Correa de Ataide Teive*, Barcelos, 22 de julio de 1766, APEP, cod. 169, doc. 16.

¹⁰³ Por recomendación del comandante de São José do Javari, el gobernador de Rio Negro pasó una circular a las poblaciones del río Solimões para que se detuviese cualquier comunicación con los españoles del Putumayo. *Joaquim Tinoco Valente a Fernando da Costa Ataide e Teive*, Barcelos, 1 de marzo de 1766, APEP, cod. 158, doc. 46.

¹⁰⁴ *Fray João de São Jerónimo a Joaquim Tinoco Valente*, Olivença, 19 de julio de 1766, APEP, cod. 169, doc. 84.

¹⁰⁵ Este lego saldría también del Putumayo poco tiempo después. *Joaquim Tinoco Valente a Fernando Correa de Ataide Teive*, Barcelos, 10 de agosto de 1767, APEP, cod. 179, doc. 68.

¹⁰⁶ *Fray João de São Jerónimo a Joaquim Tinoco Valente*, Olivença, 19 de julio de 1766, APEP, cod. 169, doc. 84.

¹⁰⁷ *Idem*.

dado portugués» en 1761¹⁰⁸. Al gobernador del Rio Negro le pareció una proposición conveniente¹⁰⁹ y parece que finalmente llegaron a un acuerdo, pues en 1769 se encontraba gestionando el traslado de varios principales del río Putumayo a Olivença¹¹⁰. La siguiente noticia que encontramos de él lo ubica ya en el puesto de Tabatinga, colaborando con los portugueses en la captación de indígenas, especialmente del lado español de la frontera¹¹¹. Fue en el contexto de estas actividades donde encontró su muerte, a manos de un grupo de yurís¹¹².

Volviendo al protagonista de este artículo, sabemos que llegó a Lisboa tras embarcar forzosamente en Belém. No causó un gran impacto en la capital del Imperio y pronto lo dejaron libre para que fuera «continuando su viaje para el Reino de Castilla»¹¹³, donde pretendía presentar sus trabajos sobre el río Amazonas en la universidad de Salamanca. Es poco probable que así lo hiciera, pues él mismo dijo que los portugueses «le habían quitado todo»¹¹⁴ y no se han hallado evidencias de su paso por la universidad. Intuimos, además, que pronto se quedó sin dinero y tuvo que recurrir a nuevas picarescas para sobrevivir. Así, se desplazó hasta Zaragoza, donde visitó al hermano del jesuita Manuel de Uriarte. Se presentó esta vez como limeño, antes de conseguir del ingenuo hermano la cantidad de diez pesos para comprar camisas que habría de regalar a Uriarte en su próximo regreso a Maynas (del que no tenemos noticias)¹¹⁵.

Tras esta última aparición, perdemos el rastro de este peculiar viajero, personaje secundario de la historia del Amazonas gracias al cual hemos podido reconstruir las complejas redes de socialización en la frontera colonial. Una frontera que era imaginada por algunos como espacio lleno de oportunidades, como ciertamente lo fueron el resto de las fronteras en el periodo colonial. Las fronteras eran espacios donde los desventurados podían procurar fortuna armándose apenas con valor y una conciencia ligera. En la frontera se podían abandonar (mediante el engaño o el olvido) las biografías fracasadas e inventar nuevas

¹⁰⁸ *Fernando Correa Pestana al gobernador*, Olivença, 18 de junio de 1768, APEP, cod. 189, doc. 78.

¹⁰⁹ *Joaquim Tinoco Valente al gobernador*, Barcelos, 2 de agosto de 1768, APEP, cod. 193, doc. 53.

¹¹⁰ *Fernando Correa Pestana al gobernador*, Olivença, 25 de julio de 1769, APEP, cod. 198, doc. 10.

¹¹¹ Brito, 2016: 262. Todo hace indicar que se trata del mismo Juan, pero aparece aquí como João António. Cabe señalar que en 1763 apareció en Barcelos un mulato sevillano también llamado João António. *Valerio Correa a Melo e Castro*, Barcelos, 4 de julio de 1763, APEP, cod. 133, doc. 22.

¹¹² Cuervo, 1894: 262.

¹¹³ Palacio de Ajuda, 15 de junio de 1763, AHU, cod. 593, n.º 246.

¹¹⁴ Uriarte, 1952: 273

¹¹⁵ *Idem*.

vidas. Lo cual era extensible a toda la América colonial, por cierto, para los que llegaban desde Europa, aprovechando el desconocimiento de los locales¹¹⁶.

A estos encantos que ofrecían las regiones lejanas, siempre fecundas en oportunidades, se sumaban para el caso que aquí estudiamos los tópicos coloniales sobre la Amazonía, una región que durante doscientos años se había ido revistiendo de velos exóticos que sugerían una doble y ambigua naturaleza. Por un lado, la selva era el hogar de hipotéticas riquezas, aventuras, tesoros y secretos maravillosos. Las largas conversaciones entre José de Iturre y sus amigos en el Perú sobre el Amazonas seguramente se sustentaban en las historias de los Pizarro y de los Orellana que habían viajado al País de la Canela. Historias que alimentaban las expectativas de los aventureros que partían hacia el oriente y que, cuando se revelaban imposibles, amplificaban su fracaso¹¹⁷.

Asimismo, misioneros y aventureros sabían también que las fronteras amazónicas eran espacios agrestes y peligrosos, lugares poco conocidos y apenas habitados por agentes coloniales. Lugares donde era posible el contrabando y el enriquecimiento, pero donde también era probable una competición violenta por la supervivencia. Los protagonistas de este artículo participaron de esa fáustica experiencia amazónica. Hubo quien murió en el intento, otros salieron del río con los bolsillos vacíos. Fueron pocos los que lucraron, y muchos los que lamentaron haber puesto pie en aquellas fronteras, espacios transnacionales en los que se vivieron pequeñas odiseas personales en búsqueda de la libertad, de una redención personal o, por lo menos, de una oportunidad¹¹⁸. En última instancia, resulta imposible saber si aquellas odiseas, que generalmente acabaron con la muerte o la miseria, fueron un sonado fracaso o un exitoso ejercicio de liberación personal.

BIBLIOGRAFÍA

Alcida Robledo, Gregorio, *Las misiones franciscanas en Colombia*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1950.

Almeida, María Regina Celestino y Orтели, Sara (coords.), "Atravesando fronteras. Circulación de población en los márgenes iberoamericanos. Siglos XVI-XIX", *Nuevo*

¹¹⁶ Ver, por ejemplo, el caso citado por Raminelli, 2014.

¹¹⁷ Pastor, 1988. Gil, 1989. Pizarro, 2009.

¹¹⁸ «... los fasinerosos y delincuentes en causas forenses y capitales, que se introducen en estas montañas, por escaparse del castigo que merecen sus delitos; y los negros y otros esclavos por rebelarse y sacudir de sí el legítimo yugo de la servidumbre con que deben sujetarse a sus amos». Cuervo, 1894: 278.

Mundo Mundos Nuevos (2011), <http://journals.openedition.org/nuevomundo//60702>,
<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.60702>,

Bastos, Carlos Augusto, *No limiar dos Impérios. A fronteira entre a capitania do Rio Negro e a Província de Maynas: Projetos, Circulações e Experiências (c. 1780-c. 1820)*, São Paulo, HUCITEC Editora, 2017.

Bastos, Carlos Augusto y Nazaré Lopes, Siméia de, “Comercio, conflictos y alianzas en la frontera luso-española: Capitanía de Río Negro y provincia de Maynas, 1780-1820”, *Procesos. Revista Ecuatoriana De Historia*, 1/41 (Quito, 2015): 83-108.

Bellier, Irène, “Los Mai Huna tucano occidentales”, Fernando Santos Granero y Federica Barclay, *Guía Etnográfica de la Alta Amazonía*, Lima, Institut Français d'Études Andines, 1994, vol. I: 26-138.

Bernabéu Albert, Salvador (coord.), “Vivir y morir en la frontera. México, siglos XVI-XIX”, *Revista de Indias*, LXX/ 248 (Madrid, 2010): 11-238.

Brito, Adilson Júnior Ishihara, *Insubordinados sertões. O Império português entre guerras e fronteiras no norte da América do Sul, Estado do Grão-Pará, 1750-1820*, tesis de doctorado, São Paulo, Universidade de São Paulo, 2016.

Carvalho, Francismar-Alex Lopes de, *Lealdades negociadas. Povos indígenas e a expansão dos impérios ibéricos nas regiões centrais da América do Sul (segunda metade do século XVIII)*, São Paulo, Alameda, 2014.

Carvalho, Francismar-Alex Lopes de y Schultz, Kara, “Portuguese-Spanish Interactions in Colonial South America”, *Oxford Bibliographies Online*, 2022, <https://www.oxfordbibliographies.com/display/document/obo-9780199766581/obo-9780199766581-0272.xml>, doi: 10.1093/obo/9780199766581-0272.

Chauca Tapia, Roberto, “Contribución indígena a la cartografía del Alto Ucayali a fines del siglo XVII”, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 44/1 (Lima, 2015): 117-138.

Chauca Tapia, Roberto, “El ‘imperio fluvial’ franciscano en la Amazonía occidental entre los siglos XVII y XVIII”, *Historia Crítica*, 73 (Bogotá, 2019): 95-116.

Cipolletti, María Susana, *Sociedades indígenas de la Alta Amazonía. Fortunas y adversidades (siglos XVII-XX)*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2017.

Cotrina, Carlos Oswaldo Abutro, “Régimen político y economía en un espacio fronterizo colonial. Maynas durante la segunda mitad del siglo XVIII”, *Histórica*, XX/1 (Lima, 1996): 1-28.

Cuervo, Antonio B. (ed.), *Colección de Documentos Inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia, Sección 2.ª, Tomo IV*, Bogotá, Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1894.

- Domingues, Ângela, *Quando os índios eram vassalos: colonização e relações de poder no norte do Brasil na segunda metade do século XVIII*, Lisboa, Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 2000.
- Franco, Roberto, *Cariba Malo. Episodios de resistencia de un pueblo indígena aislado del Amazonas*, Leticia, Universidad Nacional de Colombia, 2012.
- García, Lorenzo, *Historia de las Misiones en la Amazonía Ecuatoriana*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 1999.
- Gil, Juan, *Mitos y Utopías del Descubrimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, vol. III.
- Gómez González, Sebastián, *Frontera selvática. Españoles, portugueses y su disputa por el noroccidente amazónico, siglo XVIII*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2014.
- Gómez González, Sebastián, “El espíritu de contrabando que reina por estas partes”. Comerciantes portugueses, misioneros y comercio ilícito en el piedemonte andino-amazónico, 1730-1790, *Revista Tempo*, 23/3 (Niterói, 2017): 547-566.
- Goulard, Jean-Pierre, “El noroeste amazónico en perspectiva: una lectura desde los siglos V-VI hasta 1767”, *Mundo Amazónico*, 1 (Leticia, 2010): 183-213.
- Goulard, Jean-Pierre y Montes, María Emilia, “Los Yuri/Juri-Tikuna en el complejo sociolingüístico del Noroeste Amazónico”, *Liames. Línguas Indígenas Americanas*, 13 (Campinas, 2013): 7-65.
- Hausberger, Bernd, “Paisanos. La etnicidad de los vascos en Potosí, c. 1600-1625”, *Caravelle Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, 101 (Toulouse, 2013): 173-192.
- Hernández García, Elizabeth, “El marqués de Salinas, Francisco Javier Fernández de Paredes, y su permanencia en la clase dirigente piurana a inicios de la República (1785-1839)”, *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, 36/3 (Lima, 2007): 361-391.
- Ibáñez-Bonillo, Pablo, “Entre sustos y alegrías: Noticias y rumores en las fronteras amazónicas durante la Guerra Fantástica (1762-1763)”, *Anuario de Estudios Americanos*, 78/2 (Sevilla, 2021): 469-500.
- Langfur, Hal, *The Forbidden Lands. Colonial Identity, Frontier Violence, and the Persistence of Brazil’s Eastern Indians, 1750-1830*, Stanford, Stanford University Press, 2006.
- Levin Rojo, Danna A. y Radding, Cynthia, *The Oxford Handbook of Borderlands of the Iberian World*, New York, Oxford University Press, 2019.
- Lucena Giraldo, Manuel, *Laboratorio Tropical. La expedición de límites al Orinoco, 1750-1767*, Caracas, Monte Ávila Editores / CSIC, 1991.
- Mendonça, Marcos Carneiro, *A Amazônia na era Pombalina*, Brasília, Edições do Senado Federal, 2005.

- Monteiro de Noronha, José, “Roteiro da viagem da cidade do Pará até as últimas colônias dos domínios Portugueses em os rios Amazonas e Negro”, *Collecção de Notícias para a História e Geografia das Nações Ultramarinas, que vivem nos Domínios Portugueses ou lhes são vizinhas*, Lisboa, Academia Real das Sciencias, 1856, t. VI: 1-85.
- Pastor, Beatriz, *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*, Hanover, Ediciones del Norte, 1988.
- Pizarro, Ana, *Amazonía. El río tiene voces*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Puig-Samper, Miguel Ángel, “Las expediciones científicas españolas en el siglo XVIII”, *Canelobre, Revista del Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert*, 57 (Alicante, 2011): 20-41.
- Queirós, Fr. João de S. José, “Viagem e Visita do Sertão em o Bispado do Gram-Pará em 1762 e 1763”, *Revista Trimensal de Historia e Geographia do Jornal do Insitituto Histórico e Geographico Brasileiro*, Segunda serie/II (Rio de Janeiro, 1847): 43-107, 179-227 y 328-375.
- Raminelli, Ronald, “Los límites del honor. Nobles y jerarquías de Brasil, Nueva España y Perú, siglos XVII y XVIII”, *Revista Complutense de Historia de América*, 40 (Madrid, 2014): 45-68.
- Ribeiro de Sampaio, Francisco Xavier, *Diario da Viagem*, Lisboa, Typografia da Academia, 1825.
- Roller, Heather F., “River Guides, Geographical Informants, and Colonial Field Agents in the Portuguese Amazon”, *Colonial Latin American Review*, 21/1 (2012): 101-126.
- Safier, Neil, *Measuring the New World. Enlightenment Science and South America*, Chicago, The University of Chicago Press, 2008.
- Uriarte, Manuel J., *Diario de un misionero de Maynas*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952, tomo I.
- Vázquez de Prada Vallejo, Valentín y Amores Carredano, Juan Bosco, “La emigración de navarros y vascongados al Nuevo Mundo y su repercusión en las comunidades de origen”, Antonio Eiras Roel (ed.), *La emigración española a Ultramar, 1492-1914*, Madrid, Ediciones Tabapress, 1991: 133-142.
- Zárate Botía, Carlos, “Movilidad y permanencia ticuna en la frontera amazónica colonial del siglo XVIII”, *Journal de la Société des Américanistes*, 84/1 (París, 1998): 73-98.

Fecha de recepción: 9 de diciembre de 2020.

Fecha de aceptación: 19 de julio de 2021.

The Amazonian odyssey of José de Iturre. Agency and failure on the Iberian borders (1750-1770)

This article analyzes the trajectories of various individuals in the Amazonian borders in the mid-18th century. Based on an unpublished correspondence filed in the Arquivo Público do Estado do Pará (Brazil), the text studies the social dynamics on the border located at the mouth of the Putumayo River, reconstructing the relationships established between missionaries, travelers, natives and others. It explores the circulation of people and goods across the border as well as the competition and collaboration networks between the different actors.

KEY WORDS: *frontier; Amazon; Putumayo; agency; smuggling; failure.*
